

Darío Dublanc

Raíces al Sol

Historias de trenes

EDITORIAL DUNKEN

Raíces al sol

Historias de trenes

DARÍO DUBLANC

ÍNDICE

Prólogo.....	Pág.
Hoy volvió la lluvia.....	Pág.
La casa del caballo de hierro.....	Pág.
Labradores de viajeros.....	Pág.
Un oasis en la pampa.....	Pág.
Pasajero de diez minutos.....	Pág.
Gris sobre grises.....	Pág.
Entre amigos.....	Pág.
Las lagartijas.....	Pág.
Gaicho de entre casa.....	Pág.
Tempo de Klepsydra.....	Pág.

PRÓLOGO

En Raíces al sol, Darío Dublanc nos acerca el universo del tren. Aquel Caballo de Hierro, como lo define su autor, que supo conectar a este inmenso territorio que es la Argentina. El medio de transporte por excelencia que en otros países sigue siendo el portador de todos los anhelos y deseos de los viajeros.

El narrador nos ofrece un pasaje para viajar hacia el ayer. Los relatos están pintados con descripciones y definiciones precisas sobre algunos oficios que articulaba la Estación de Trenes. El destino nos es relevante. En esta historia lo importante es todo el sistema de redes. Los viajeros, en aquel lejano ayer, podíamos disfrutar mientras nos trasladábamos a pueblos alejados.

El Caballo de Hierro, el Jefe de Estación, los Empleados, la Estación de Trenes y el Guarda son resquicios del pasado que, seguramente hoy, habitan en todas las estaciones abandonadas de La Pampa. Las vías han quedado inermes. Algunos pueblos agonizan. En el recuerdo del autor ellos brotan en una narración que rinde homenaje.

Lic. Sara Isabella Bonfante
Coordinadora de la Clínica de novela.

América,

lluvias,

el oeste ,

el caballo de hierro...

“...encuentras tu destino
en el sendero
que tomas para evitarlo...”.

Anónimo

A la memoria de mi padre Adolfo Darío Dublanc.

A la presencia de mi madre Sulma Nelly Motta.

A mi esposa Fabiana Andrea Ramírez.

A mis hijos Nahuel y Ariel.

A la memoria de Viktor Emil Frankl, Médico Psiquiatra,
Filósofo, filántropo, quien me enseñó a ver en
el servicio al prójimo, un sentido de la vida.

Darío César Dublanc

“...Las pequeñeces son lo eterno,
lo demás lo breve, lo muy breve...”.

Antonio Porchia

LA POESÍA VA EN UNA SOLA HOJA/ o para pensarlo.

“...hoy volvió la lluvia
no volvió del cielo o del Oeste
volvió de mi infancia...”

Fragmento de “Oda a la lluvia”, Pablo Neruda

Hoy volvió la lluvia,
no volvió del cielo
volvió del Oeste
volvió de mi infancia,
con una rana en un bolsillo,
con la gomera en el otro,
el pelo arremolinado en la brisa,
la cara fría pero rosada
por la niñez que empuja y exige.

Hoy volvió la lluvia,
con su olor a tierra mojada
que primero trae el viento,
desde una lejana Estación de Trenes
donde aún resuenan los sonidos metálicos
de los vagones de carga.

El olor a kerosene en los faroles nocturnos,
el olor al aceite de las lámparas,
el olor a vidrio caliente de las mismas lámparas.

Todos los elementos dispuestos,
en una sincronía perfecta
esperando al caballo de hierro,

que aún es un misterio
una presencia más adivinada que presente,
en lo profundo de la noche.

Hoy volvió la lluvia,
con una rana en un bolsillo,
con una gomera en el otro,
desde el Oeste
desde lo profundo de mi infancia.

Darío Dublanc

“Apenas acaricia con la punta de los dedos la imaginaria tapa del libro que alguna vez piensa escribir. Siente satisfacción con la sola posibilidad de hacerlo aunque no llegue a concretarlo nunca porque, en definitiva con la sola posibilidad de rasguñar la superficie de ese ficticio libro apenas entrevisto se cree ya bien pagado y le da algún sentido a su vida. *

*Fragmento encontrado, entre varios papeles, dentro de una lata vacía de leche marca Nido hallada, detrás de unos ladrillos flojos, en la pared de una Estación de Trenes.

La casa del caballo de hierro

En La Estación de Trenes, la casa del caballo de hierro, el telégrafo repiquetea como un animal sobresaltado. Así, a veces, en la insondable profundidad oscura del mar un pez se conmueve en su rutina por una luz imprevista, por un signo. Corrijo entonces, el telégrafo repiquetea como un pez sobresaltado cuando recibe noticias sobre la marcha del tren, sobre su paso por las distintas estaciones.

En alguna parte, en lo profundo de la noche, se mueve el caballo de hierro; sabe que lo buscan, lo presiente, se sabe necesario, ¿irreemplazable?

La Estación se prepara lentamente para esperarlo. Hay una armonía invisible que empieza a tejerse. Se hacen evidentes: los gestos de los hombres; la forma de pasar el mate, de acomodar las brasas en la estufa; el modo de ponerse la gorra el cambista de vías.

Los diálogos:

—Falta media hora.

—Sí.

El mate va girando de mano en mano.

Afuera los gestos, los pasos, la helada. Adentro, los empleados se aparejan como para una caminata espacial: ropa pesada, abrigos, guantes.

La salamandra de metal crepita con brasas nuevas —cargada de madera de quebracho que perfuma la oficina con dejos de montes lejanos—, arriba de ella la pava aletea a gusto con el agua del mate pasada de temperatura.

Uno de los cambistas, “el negro Sarrias”, ingresa desde el exterior como si viniera de otro planeta con evidentes signos de la helada temprana. Se le alcanza un mate en silencio. Se le respeta a ese hombre su frío, su cambio de ambiente, su contacto directo con los elementos más íntimos.

Las vías, las señales, el farol a kerosén hábilmente colocado a varios metros de altura en el aire frío, con una débil escalera metálica de acceso. Las frías y pesadas palancas de los cambios de vía en la semioscuridad. “El negro Sarrias”, viene de esos contactos directos, rudos; necesarios de la ceremonia. Se sabe, se siente irremplazable en esa suerte de celebración y todos lo respetan y agradecen en silencio.

Entonces el mate.

Aparecen insectos voladores que se agolpan contra los vidrios de las ventanas de La Estación, contra los faroles. No les importa quemarse. Parecen querer participar de la ceremonia. Algo superior los arranca de los arbustos, de los árboles y los conjuga ahí, en La Estación de Trenes.

Adentro, en las oficinas, los hombres ahorran palabras inútiles que crearían distancia. Todos saben qué hacer y cómo hacerlo. Se participa y se festeja en silencio. En forma secreta, pero evidente en los signos. Los rostros demuestran la carga de la proximidad del tren con una transfiguración en los gestos y en las actitudes de último momento.

Podría decirse que hay instantes de una suerte de percepción más profunda. Son instantes de suspensión del tiempo. Hay una ansiedad de no se sabe cuáles verdades inaprensibles. Está arribando, pero aún no se ha detenido.

En la boletería, la máquina de marcar la fecha de venta, muerde metódicamente los últimos rectángulos de cartón expendidos a último momento. Presurosa marca los números que definen el día, lo certifican.

Al mirar de frente —hacia donde se encuentra la caja de la boletería de La Estación— hay una suerte de fascinación; todos esos destinos plasmados en pequeños rectángulos de cartón. Juntos los unos a los otros. Unos cercanos, otros distantes como Capital Federal.

Y entonces uno mira con expectativa la ventanilla mientras se asoman los futuros pasajeros que piden el boleto y de antemano juega a tratar de adivinar —por la vestimenta, la actitud, los gestos— adónde viajará esa persona. Uno trata de presentir un destino en ellos. Como un juego.

Y cada cual expone en esa pequeña ventanilla: sus manos, su voz, sus gestos, la ropa, los perfumes; expectativas, sueños. En fin, pequeñas historias. Breve y espontáneamente despliegan sus biografías en una confidencia con el boletero como si fuera un confesionario antes de la partida.

Hay una suerte de transición compartida en ese acto. Hay alguna forma de ensoñación en el futuro pasajero que espera un destino extraordinario, aún si viaja hasta el próximo pueblo simplemente. Lo cree también el que despacha el pasaje o al menos quiere creerlo. En todo caso le sirve a los dos.

Fantasías multiplicadas, una para cada pasajero; muchas para el vendedor de boletos. Todos quedan colmados. Al menos por esta noche en una ceremonia breve pero profunda.

Ya con el tren parado en La Estación, lo abordan con el pasaje en la mano los del coche especial; luego los de Primera clase más distendidos. Y los de Clase turista prueban con sus manos la dureza —conocida con antelación— de los asientos.

Desde el andén se puede observar, al llegar el tren, los rostros de los pasajeros.

Están acomodados al viaje. La noche los encontró en los confines de la Provincia de Buenos Aires. Abandonaron La Pampa. El paisaje, prácticamente el mismo. Acudieron a los abrigos. Se prepararon para la noche como para una excursión. Y, tal vez, en definitiva lo sea.

Por la ventanilla se ven sus rostros más relajados. Están amoldados, perdieron el encanto inicial de la expectativa del viaje. Están consigo mismos y se les nota. No ocurre igual con los que recién lo abordan.

Luego el tren parte y, muchas veces, los que permanecen en el andén se paran en medio de la vía hasta ver perderse en el horizonte oscuro de la noche el ojo de buey trasero del último coche. Tal vez hay un deseo oculto, una suerte de confianza, quizás en algún momento el tren regrese marcha atrás para explicar alguna verdad oculta que se les escapa a todos —a los que se van y a los que se quedan— y apenas se deja entrever. Pero no. No hay regreso y todo vuelve a la rutina de las cosas cercanas. Las herramientas, los lugares. Los rostros de la gente que presenciaron la ceremonia parecen descargados, con un dejo de desilusión... Quién sabe... hasta el próximo encuentro.

Los que regresen a sus casas —luego de la ceremonia y después de la cena— al acostarse negociarán con la almohada alguna nueva o vieja ilusión que les despertó el tren. Se van a la cama con algo nuevo. Y ese hombre, en medio de la noche de la llanura, tiene como obsequio de niño bueno un proyecto dormido. Una postergada visita a la Capital se entreteje en su sueño, aunque tal vez no la concrete nunca. La realidad de esa ilusión lo alimenta, lo sostiene y le sirve.

Al otro día le comentará a su compañera:

—Anoche yo...

Y esa mujer, su mujer, con una sonrisa condescendiente lo escuchará en silencio y compartirá con su hombre el juego de esa ficción porque, en definitiva, sabe que en algún momento el juego le tocará a ella también y por eso respeta y por eso entiende.

Por la ventana entra una brisa pampeana que les acaricia el rostro, y en sus mentes aún resuena —seco, metálico, intemporal— el entrechocar de los músculos del caballo de hierro.

En los hombres de La Estación de Trenes hay una distensión. Uno recalienta la pava del mate, otro adelanta por el telégrafo al próximo pueblo que la formación partió sin novedad. Hay como un lavar de instrumentos después de una operación.

Esos hombres, los instrumentos, sus gestos; los que se quedaron en el andén; los que viajaron, los que nunca viajaron. Las señales. Los faroles nocturnos. Los olores, los sonidos. Los insectos convocados contra los vidrios. La Estación. Todo el conjunto le pertenece al tren. Tal vez todos lo saben íntimamente, aunque nadie lo admitiría en voz alta. Ese es el juego. La vida como sucesión de detalles, de instantes. Uno tras otro. Como el rodar del caballo de hierro, galope y galope; cada árbol de la pampa, cada arbusto, cada farol nocturno lo guía, lo confirma.

El boletero, en La Estación ya solitaria, baja lentamente la pequeña persiana de la boletería. Por hoy no más biografías.

Labradores de viajeros

Como labradores de viajeros, como responsables labradores de viajeros. Desde el Jefe de La Estación hasta el último empleado, los que arreglan la vía cuando se desacomoda algún riel, que luchan con las gruesas tuercas recalentadas por el sol.

Cada uno en su función: el oso Mayor, el petizo Vázquez orgullosos en su tarea desarrollada, cada uno con sus particulares herramientas de labranza, abonan, labran, perfilan, esperan. Construyen a los pasajeros del caballo de hierro. El Jefe de La Estación, Don Dublanc, mira el conjunto: revisa los horarios, los avisos, semblantea los rostros de los empleados para ver los ánimos. Saluda con la mano a Ramitos, Borgna, Padilla. Olfatea el tiempo. Analiza las nubes en el horizonte con alivio o con el ceño fruncido. Depende. Todo ese conjunto de cosas determinarán su acción. Todo debe estar cuidadosamente planeado, previsto hasta lo imprevisto para que los pasajeros no tengan queja. No tengan disgusto.

Luego está la responsabilidad por el caballo de hierro. A éste se le debe avisar cualquier inconveniente en la zona, un defecto en la vía, una tormenta tardía en el horizonte. Una niebla. Un animal suelto en las inmediaciones. Tantas cosas pueden amenazar su cabalgar metálico, la tranquilidad de los pasajeros. Y todos esos labradores, cuidadores responsables; cada uno en su función, en la posta, en la isla de la estación de trenes a la espera. Articulando la conjunción de los elementos aparentemente tan distantes, tan diferentes. En definitiva tan íntimamente ligados.

Los labradores de pasajeros, el caballo de hierro, la naturaleza tantas veces esquiva, contradictoria. Pero esos hombres en la isla-posta-estación, están acostumbrados a lo imprevisto. Es que, tal vez, esa sea la regla. Vivir con lo imprevisto y aprender a encauzarlo, a domeñarlo. Y entonces la función, de ese conjunto de hombres, de esas naturalezas de caracteres, es trabajar sobre la vía también. En concreto cuando se rompe la vía, los “cangangos”, con pesados martillos y llaves se arremangan y acomodan rieles, gruesas tuercas. Mojan sus sombreros de paja varias veces para amortiguar la determinación de ese sol de dominarlos. Abatirlos.

Y en esas siestas el peón de vía se sobrepone —con su grueso martillo, sus manos callosas, sus guantes de áspera lona— al sol, a la furia del momento, a la tierra a veces reseca que se impone ante sus ojos. Cambia a conciencia los rieles averiados que, a veces, con el sol no se los puede tocar porque queman. Ajusta las tuercas. Y en esos momentos no siente el peso de sus gruesas herramientas, de toda su humanidad. Aunque la cintura duele y los músculos están exigidos al máximo sonríe, respira profundo y se sabe, se siente en su sencilla y pesada función, labrador de pasajeros, labrador de hombres.

Y en esa tarde de sol a fuego donde todo pesa el doble y el agua apenas le calma la sed, persiste en el esfuerzo. En su ensoñación ve correr, transitar al caballo de hierro por los lugares que él reparó y se siente parte de algo superior que lo redime, lo recompensa. Y la pesadez del momento se disuelve. Se resuelve como agua al sol.

Un oasis en La Pampa

Paredes de cuarenta y cinco centímetros de espesor, según dicen, de ladrillo inglés traídos de Inglaterra en barco. Si no es cierto, no importa. Sonaba bien a la imaginación y a la idea de lo que debía ser un castillo bien construido. Las estaciones de trenes como verdaderos oasis en la zona pampeana. Las puertas de sólida madera, con grandes cerraduras de bronce. Los techos altos.

Habitaciones de casi cuatro metros cuadrados permitían desarrollar una atmósfera fresca ante el fuerte sol de la pampa. En las baldosas frías uno pegaba la mejilla y se sentía bien. Baldosas rojas que parecían encenderse cuando les daba de lleno el sol de la siesta. En la cocina el techo era más bajo, y cuando la olla a presión de mi madre entraba en ebullición, el chorro de vapor inquietaba a la olvidada telaraña del techo.

Las distintas épocas del año llamaban a determinados tipo de comida. Las frías noches con heladas del invierno traían anhelos de perdices saltadas con cebolla al vino blanco, con un toque de pimienta, pan y un vasito de vino tinto de soporte. En verano, las noches traían el gusto por las fritadas de ranas en milanesa que, luego de hechas y antes de la ceremonia de comerlas, descansaban en una gran fuente en la mesa de madera del comedor. A veces, cuando pasaba el tren parecía zarandearlas. Era corta la distancia que mediaba hasta la vía.

El trabajo de esa jornada estaba impregnado por el sabor, la promesa de esas exquisitas ranas en milanesa. Las comíamos con las ventanas abiertas, afuera en el silencio de la

noche se escuchaban los grillos con su canto manso.

No veíamos televisión. El primer aparato de TV apareció cuando yo tenía catorce años. La programación del único canal empezaba entre las dos y las cuatro de la tarde. No recuerdo con precisión. Se extendía parcamente hasta las doce de la noche.

Blanco y negro.

Me entusiasmaba Eliot Ness y sus intocables. La agresividad y malicia de los ambientes de Chicago era una ruptura. Un quiebre interesante en el ritmo del pueblo con una naturaleza tranquila. Inofensiva.

Algunas veces, en las siestas más calurosas, éramos visitados por el camión regador municipal. El vehículo recorría con ritmo lento y con una gran paciencia todas las calles de tierra del pueblo para aplacar por un rato el polvo, el sol, el calor concentrado. Cuando llegaba a La Estación de Trenes, el trabajo aumentaba porque además de la calle tenía que regar toda la playa de estacionamiento hecha de carbonilla.

Era lindo observar al camión regador en una segunda vuelta por el pueblo, dejaba caer el agua en abanico sobre la capa ávida y luego se empezaba a percibir el olor de la tierra húmeda que, mientras moría el sol, amortiguaba el paisaje abrasador.

Cuando viajábamos en el tren —en el vagón de segunda clase, con las ventanillas abiertas—, pasaba el encargado de limpiar el piso con una mezcla de agua y fluido Manchester para desinfectar, y con una escoba nos llenaba del polvo del camino a los pasajeros y a las valijas. Llegaba a nuestras narices el olor fuerte y penetrante del fluido. Ese líquido oscuro parecía desinfectarlo todo, al punto que, por el fuerte olor reinante, uno terminaba convencido de que no podía haber sobrevivido ninguna clase de germen, ni arriba del tren ni por los lugares donde pasaba.

De todas maneras, era interesante la tarea de limpieza del hombre de los vagones. Trabajaba a conciencia y le hacía a uno sentirse tácitamente culpable de estar justo ahí en el momento en que hacía concienzudamente su tarea. Si hasta daban ganas de arrojarse del tren para no importunarlo, tal era la capacidad de este personaje de colocar al pasajero en posición de objeto molesto arriba del vagón. Esta sensación no duraba mucho ya que, luego de haber finalizada su meticulosa labor, desaparecía misteriosamente.

Siendo pequeño recorrí todo el tren en marcha y no pude ubicarlo. Terminé con la convicción de que ese personaje, una vez completado su trabajo en el convoy, se arrojaba sin más con el tren andando, para luego reiniciar su tarea de limpieza en una suerte de mágico aparecer y desaparecer.

La vida en el tren.

La vida arriba del tren en marcha difería completamente de cuando estaba parado en La Estación y del tipo de vagón que observáramos: Pullman, Primera clase, Clase turista. La distinción era la siguiente: vagón Pullman con aire acondicionado, el más caro, el más refinado. Allí no se comía mucho a lo sumo un alfajorcito, una gaseosa. Las mujeres, trataban de no despintarse los labios, luego de la breve y disimulada ingesta, estos eran limpiados con un cuidadoso pañuelito. Los hombres de esas mujeres y en el mismo vagón eran, al menos parecían serlo, tan refinados como sus esposas. No se sabe si por indicaciones de ellas o por propia convicción.

En el coche de Primera clase el trayecto era más conversado; se miraba para todos lados y más de uno se animaba a desenvolver algún sándwich, unas naranjas, unos turrones; se oían voces animadas intercambiar opiniones, saludos, pareceres sobre el viaje, “que a qué hora iba a llegar a destino, que cómo iba a acompañar el tiempo”.

La Clase turista era más popular, en todo caso más auténtica. Desenvolvían sin

miramientos salamines, sánguches de milanesa. Una botellita de vino era cuidadosamente aliviada de su contenido por el dueño.

Una vez atendidos los estómagos, las cabezas se relajaban y más de uno se animaba al juego de cartas: chinchón de dos y hasta de cuatro participantes o la escoba de quince. Podía uno sorprenderse observando un pequeño tablerito de ajedrez que se zarandeaba al ritmo del convoy, entrecruzando jugadas y jaque a la reina.

A veces el tren tardaba más de lo previsto y todo se complicaba. La comida, los juegos; las conversaciones de los viajeros se iban desgastando. Ya no quedaba nada, solamente permanecía el hastío de las horas repetidas hasta el cansancio.

Entonces entraban a jugar otros códigos, era digno de estudiar esos rostros, ya había otros semblantes, otros signos, otros símbolos que desentrañar.

¡Qué cosa el hombre! Se puede observar su rostro y saber qué está mirando, qué se le está imponiendo en ese momento, qué le está ganando el alma.

De a ratos pasaba el guarda, aburrido porque se alargaba el turno debido al atraso, y se le notaba en el rostro, en las manos que pedían solas y por automatismo boletos ya revisados. Hacía comentarios sobre el tiempo, vaticinios sobre a qué hora llegaremos y se dirigía para el otro vagón, bamboleante según el ritmo del tren, con un humor gris como su traje gris de guarda, de centinela del caballo de hierro.

Entonces uno, por momentos, perdía la noción de que estaba arriba del tren por el hecho de repetir las horas vacías que desgastan la ceremonia del viaje. Era quizás una toma de conciencia, y todo se ensombrecía, como en una película ya vista que se convierte en una suerte de hastío de las cosas repetidas. Las horas de atraso arriba de un tren vacían de contenido la ceremonia del viaje.

Pasajero de diez minutos

A veces, cuando nos acercábamos al caballo de hierro, observábamos las langostas aplastadas en el frente. Podíamos oler: el pasto del campo segado por la poderosa locomotora; el fuerte olor a gasoil; a polvo del camino...

Subíamos al tren en segunda clase y en el breve lapso de unos diez minutos nos sentíamos viajeros. Jugábamos con el tiempo, jugábamos con la intranquilidad porque si el tren arrancaba de improviso nos quedábamos arriba.

Recorríamos los asientos, observábamos las caras de esa gente, buscando algo que saliera de la normalidad, algo con qué bajar del tren antes de que partiera. Una ensoñación tal vez; alguna esperanza de toda esa gente que en el tren de las dieciocho horas se dirigía a pueblos cercanos o hasta la misma Capital Federal. Esto se notaba en la ropa, en las actitudes, en la distancia de esos rostros; más serios, más graves cuanto más lejos era el destino.

Entonces con toda esa carga visual y emotiva, jugábamos con los tiempos del silbato del Guarda, con el sonido de la campana que tocaba el Jefe de la Estación dando el visto bueno para que el viaje prosiguiera.

Un toque de campana habilitaba al tiempo a correr, a la vida a discurrir. Había una corrida hasta la puerta del vagón y nos bajábamos presurosos. La perspectiva variaba, era ver lo mismo pero desde abajo. El ángulo de observación cambiaba, y cambiaba el rol, las circunstancias, las expectativas. Nos adueñábamos una vez más de nuestras pequeñas existencias, rutinas, travesuras; de nuestros lentos tiempos de pueblo. Arriba, en el tren, proseguía intacto el mundo autónomo de esos hombres viajeros. Viajeros a muchos destinos.

Bajábamos con cierta envidia, deseosos de seguir en esa magia de la cual habíamos formado parte por escasos minutos. Breve como toda magia que se precie, breve, inasible, apenas entrevista en sus efectos. No explicada porque de lo contrario no sería magia.

Gris sobre grises

El Guarda del tren. Traje gris, chaleco, gorra; zapatos negros impecables, lustrados a espejo. En disidencia con esa pulcritud, —tal vez para probarlo, desafiarlo— la naturaleza propia de La Pampa: viento, polvo, barro.

Los humores del tren, los vapores del gasoil y el polvillo lo asediaban. No importaba, él iba siempre impecable. Bajaba y subía diestramente del tren casi en movimiento.

Después de que la campana del Jefe de Estación habilitaba la partida del tren, el Guarda, daba el visto bueno con su silbato al maquinista para que iniciara la marcha.

Y así el viaje.

En los vagones caminaba pidiendo los boletos para picarlos con una pinza que, cuando no la usaba, iba en la cintura colgando del cinto, en una cartuchera de cuero y por debajo del impecable saco gris.

Era responsable y grave en su trabajo. No se lo veía bromear, en ocasiones hablaba brevemente con el Jefe de Estación y con algún ferroviario conocido. Parecía ensimismado en su labor. En los trenes de carga su función era más aburrida, pues solamente tenía un furgón de cola donde refugiarse en los solitarios viajes.

El Guarda de tren de pasajeros trabajaba mucho y estaba poco en su casa, siempre viajando de un lado a otro, controlando las vidas de los demás con su picadora. Controlando conductas, picando boletos, picando la vida. Cuando llegaba a la Estación Once en Capital Federal, ya no era imprescindible, ya nadie dependía de él, ya no era persona de consulta.

Pero durante el viaje:

—Por favor, tal calle en Capital...

Él corría la gorra hacia atrás, como destapando su memoria y daba la referencia exacta; para eso había andado tanto en las ciudades, para eso había recorrido tantos kilómetros atado a una vía, a bordo de un tren.

La llegada a la estación terminal de Once era una etapa, él perdía atractivo ante los pasajeros que estaban muy interesados en sus equipajes, en sus pensamientos, en sus temores a la gran ciudad.

Entonces el Guarda juntando los pedazos desperdigados de su dignidad vencida, tomaba su pequeña maleta, bajaba del tren, saludaba brevemente a los maquinistas, y luego de dar las novedades del viaje en la Gran Estación Central, como una suerte de ángel desmantelado, se marchaba —entre los grises de la gran ciudad— a su modesta pensión a la espera del próximo tren.

(Imagino que tomaría una ducha, colgaría cuidadosamente su traje, y luego de un frugal almuerzo, quizás haría una larga siesta reparadora, con la máquina picadora de boletos en su mesa de luz, como un niño celoso de su mejor juguete).

En la estación Terminal, no muy lejana a esa pensión, el caballo de hierro era atendido. Sus cascos golpeaban contra los rieles. Sus hollares liberaban nubes de vapor. Le daban agua, lo revisaban concienzudamente. Examinaban las heridas, las viejas cicatrices dejadas por la pampa. El caballo de hierro se revolvía nervioso, pero se dejaba hacer. Sabía que, en pocas horas, podría volver hacia el Oeste a correr nuevamente hacia la línea del horizonte. Transportaría de nuevo al hombre con las cargas de sueños hacia su lugar de origen.

En fin, el hombre.

El verde, la línea del horizonte y luego el cielo azul mientras el caballo de hierro

desanda su camino, y cuando la noche sea toda para él, mirará las estrellas; las examinará una por una, mientras corra por la llanura abierta. Una por una como siempre, eligiendo a cuál se mudará cuando su carrera termine, y ya no sea necesario, ya no sea imprescindible.

Cuando la fría mente racional lo mire con un bostezo. Ese bostezo lo condenará, y sabrá que estará perdido, por eso sigue mirando y eligiendo estrellas para cuando sea el momento. Entonces acomodará sus viejas cicatrices dejadas por La Pampa. Y partirá.

Entre amigos

Alguien propone un asado, ceremonia repetida, convocante que empareja los sueños; arma la pausa de las almas, nivela los destinos. Cerca del fuego el hombre realiza confidencias, se iguala; conecta con lo íntimo y observa su pasado, presente y futuro con benevolencia.

Alguien hace volar el hacha sobre la madera de quebracho que perfuma la noche. Otro arrima desde su casa una rueda de chorizos, el de más allá una tapa de asado. Se suma un generoso pechito de cerdo, aquel arranca lavando la verdura para la ensalada; éste llena sus manos de sal gruesa para condimentar la carne. Y todos estos hombres, niños del ayer comparten, arman una ceremonia en capítulos y se reconocen en las miradas, en las palabras, en este presente cargado de tanto ayer compartido, de tanta pelota de fútbol.

Gomera al cuello, rodillas peladas, peleas del momento por naderías. Bicicletas prestadas. Funciones de matinée en el cine Splendid, con caramelos marca Sugus comidos hasta el hartazgo y bendito dolor de panza.

Las lagartijas

Rápidas rayas verdes, las lagartijas, pequeños dinosaurios adorándose al sol de la siesta pueblerina. Husmeo los alrededores de La Estación de Trenes. Sobre todo la tierra, busco los personajes, sus cuevas. No los encuentro. Sólo persisten en el tiempo los lugares.

Recuerdo que con el sol de las dos de la tarde, en el verano, podía entrever apenas una rápida raya verde que corría. La ceremonia era sencilla, gorro de paja, un vaso de agua para aplacar la sed, la gomera al cuello, y a pleno sol la búsqueda de las lagartijas en los alrededores de la estación, entre los yuyos, no muy altos ni muy abundantes.

Era un juego a las escondidas con final incierto; muchas veces la lagartija lograba escapar a nuestra gomera, otras no. En general la idea en la mente infantil, era el juego del cazador visto en algunas películas del cine del pueblo.

El trabajo de artesanía de las gomeras superaba a la caza, tal vez era una excusa para el trabajo previo de la excursión. En el colegio, en la clase —en un marzo aún caluroso—, la mañana de la salida, las miradas cómplices lo decían todo. Uno se comprometía con un compañero o con otro, a lo sumo dos. La caza era una ceremonia de pocos integrantes y de escasas palabras. Nos reuníamos en la Estación y salíamos, revisábamos las gomeras, las comparábamos. Veíamos concienzudamente los adelantos de alambre o de madera incorporados a cada una. Del cuero, apreciábamos la flexibilidad. Eso permitía tomar la piedra con mayor firmeza al momento del disparo.

A veces, el mango iba acompañado de una cinta —que correspondía al cuadro de fútbol—, colgando hasta veinte centímetros, para que flameara en la siesta candente nuestro orgullo deportivo.

Cuando partíamos íbamos charlando animadamente. Llegando a la zona de caza,

nos separábamos estratégicamente y en silencio. Luego cada uno se ensimismaba en su rito personal de la cacería y por lo general las rápidas rayas verdes eran ganadoras. No importaba. A la vuelta, llegábamos hasta la bomba de agua ubicada al costado de los galpones que daban a la vía principal, y tomábamos a pleno sol el fresco líquido que provenía de la napa de la tierra oscura, húmeda y profunda.

Rápidas rayas verdes. Cazadores furtivos. Agua fresca. Niñez distante. Recuerdos presentes.

Gaucha de entrecasa

A veces, en los pueblos chicos siendo uno niño, se despertaba a la mañana con una onda telúrica. Entonces arrancaba con una fajita casera en la cintura y un palito cruzado en la espalda imitando un facón. Un sombrero de ala ancha, una boina también era válida. Más tarde fabricaría unas buenas boleadoras como para ñandúes. Entonces la imaginación acompañaba a la razón en su forma práctica, y acudía a los choclos. Sí, a los choclos. El choclo del puchero hervido y comido con un toque de sal, pimienta y untado con manteca era delicioso. Luego de la ingesta quedaba el denominado marlo del choclo, una suerte de carozo. Este elemento se ponía a secar al sol y se tornaba duro y liviano, pero con un peso suficiente como para armar unas boleadoras inofensivas pero efectivas en el arte de bolear presas.

La madre del paisano casero miraba de reojo la lenta transformación del pequeño Juan Moreira desaliñado que le había tocado en suerte. Lo secreto, aquello que no se podía contar era la finalidad de las flamantes boleadoras. Después de tanto trabajo de producir y fabricar el arma típica de la pampa, el paisano casero ya no podía detenerse.

Tomaba sus boleadoras, acomodaba su falso facón en la espalda, le silbaba a la mejor escoba de la casa, la cual sin miras de responder, permanecía quieta y el paisanito debía ir a buscarla humillado por la desobediencia, pero superado el mal momento el pequeño hombre salía bebiéndose los vientos hacia el gallinero.

Las pobres aves, lo veían acercarse desde la distancia, observaban la fija mirada de ese paisano, el penacho de la escoba, el sombrero de ala ancha, la decisión en el rostro y las boleadoras allá en lo alto girando amenazadoras. Y la voz de ¡ahura! se expandía entre

las pobres gallinas, y el desparramo de plumas inundaba la escena.

El paisano casero se regodeaba ante el espectáculo, hacía girar su caballo de paja y madera, y eligiendo a una de las aves, con tiro certero la boleaba y la hacía caer sobre el patio de tierra.

Sin demora el pequeño malevo se bajaba de su caballo, y con su palito devenido en fiero facón en la mano, se disponía a enfrentar a la gallina que aún boleada ofrecía resistencia. Y en una maniobra impensable, no prevista por nuestro héroe, aparecía una mano desde arriba que lo tomaba de la oreja con firmeza, y haciéndole perder en el camino: sombrero, faja y faconcito, lo ponía en penitencia en la pieza del fondo de la casa.

— La última vez que lo hacés —sentenciaba la madre.

El paisano casero guardaba un salvaje silencio, ensimismado en sus andanzas de gaucho vago y mal entretenido.

Más tarde, atemperados los ánimos, el paisano casero respiraba hondo, recordaba su pasado de malevo, hacía a un lado su prestigio y honor, y con voz clara y alta sentenciaba:

—Mamá, tengo hambre.

Asolaba un breve silencio que cortaba el mediodía como un cuchillo y luego una voz:

—Andá a lavarte las manos y sentáte a la mesa que ya está la comida.

Tempo de klepsydra

La recorrida por el pueblo me lleva al cementerio, lugar de recuerdos, tal vez por ese atractivo que tiene lo prohibido, ¿lo prohibido? Nó, si en definitiva nada tan accesible como la muerte, nada tan democrático, nada tan al alcance.

Comencemos de nuevo y digamos: por ese atractivo que tiene su misterio. Desando las tumbas, desando los tiempos de la vida y la muerte. Leo de vez en cuando las inscripciones de las lápidas, y observo en ellas el sentimiento definitivo, plasmado en piedra incommovible para los que partieron. El sol pega de lleno, hay mucho silencio y los pasos se sienten como única compañía. Mi vista se fija en una tumba llamativa, tanto como para no detenerme y mirarla: una piedra blanca de mármol me habla de un hombre nacido en París, y muerto muy joven en un pueblo vecino en 1921.

Es una sepultura de aspecto importante y la curiosidad me gana. No hay mayores referencias en esa lápida que su presencia física y los datos citados. Se me ocurre pensar, ¿qué pudo haberlo traído desde París? en esa época y a estos lugares tan remotos.

La idea me queda dando vueltas en la cabeza como una levadura nueva que lentamente va tomando forma. Tal vez sea tiempo de analizar el tiempo del klepsydra, de robar el propio tiempo, de robar el tiempo al tiempo, en provecho de uno mismo, en provecho de los propios anhelos...

—Contáme francés, contáme de nuevo cuando corrías como un lobo joven por la nieve en el centro de París.

—Nunca fue cierto bolichera.

—No importa, contámelo de nuevo. Inventálo nuevamente para mí. Usá las pala-

bras de este lado del mundo; esas palabras nuevas que viniste a buscar para nombrar de otra manera las cosas de siempre. Contáme...

El francés y la bolichera se miraron directamente a los ojos y pudieron ver sin mayor sorpresa —como algo esperado, hasta con alivio— que de sus brazos y espaldas emergían ramas y brotes de hojas, a la vez que sus pies se hundían blandamente y con firmeza en el piso de tierra mientras se convertían en profundas raíces nuevas.

Ambos se transformaban en árboles. Ambos finalmente venciendo a las palabras tan temidas, a las realidades detrás de esas palabras, a las señales que venían preanunciando todo. Las palabras exilio y expropiación iban perdiendo entidad hasta desaparecer ante este nuevo panorama del pueblo.

Las señales primero, luego las palabras que tradujeron esas señales y ahora la realidad del exilio y la expropiación que no llegarían a ser nunca, pues el pueblo había tomado posición, la naturaleza había tomado una decisión y entonces esa realidad fáctica superaba, anulaba la verdad formal de los papeles, de los decretos que querían determinar de un plumazo burocrático y conveniente la desaparición del ferrocarril y el pueblo, en ese orden.

La bolichera había llegado al pueblo un día cualquiera en el tren de las ocho de la mañana. Las explicaciones de su lugar de origen podrían haber sido varias y todas buenas, pero nunca nadie le preguntó. Casi con lo puesto, una pequeña valija y una gran iguana verde que llevaba atada del cogote con un absurdo piolín, se bajó del vagón de pasajeros de segunda clase buscando un destino tal vez predeterminado.

Su parcial ceguera era evidente en esos ojos lechosos pero curiosamente llenos de vida. Se manejaba bien en los espacios, y enseguida convenció a los paisanos del lugar que no buscaba lástima.

Con un manajo abigarrado de dinero había adquirido el único local de la zona que oficiaba de pequeño almacén de Ramos Generales y boliche. Era servicial, atendía con soltura a los parroquianos. Éstos la respetaban, al tiempo que miraban con mesurada curiosidad la gran iguana verde. El animal, acomodado en una silla alta, parecía observar para siempre, por una de las ventanas del boliche, hacia la pampa abierta con un dejo de melancolía en sus ojos llenos de trópico truncado.

Tal vez la llegada de la bolichera fue la primera señal del exilio y la expropiación. En todo caso el pueblo empezó a tomar conciencia del peligro con la irrupción de esa mujer extraña que, aunque no amenazaba, era un símbolo de que las cosas podían cambiar en ese pueblo acostumbrado a las rutinas de días iguales, de realidades repetidas como copias unas a otras con carbónicos inapelables y definitivos.

A través del tiempo la bolichera iba acomodando el almacén como una suerte de escenario, de espera. Un día adquirió un piano bastante maltrecho y lo ubicó en el fondo del boliche. Nunca lo tocó ni permitió que lo tocara nadie, el instrumento se fue cubriendo lentamente con la tierra de la pampa, como un viejo dinosaurio olvidado por el universo.

La mujer, en su parcial ceguera, se aferraba a su veinte por ciento de luz y lo agradecía. Miraba en diagonal. La visión se le había trasladado hacia un costado de uno de los globos oculares, esto le daba a su casual interlocutor la sensación de que la bolichera hablaba con un tercero no presente. Con el tiempo pasó a ser parte imprescindible del pueblo, del paisaje, de la gente que acudía a tomar su copa con la naturalidad de una presencia que hubiera estado siempre.

En el pueblo se desarrollaban las señales del peligro apenas insinuadas, morosas como una lenta marea que crece, con esa parquedad engañosa de las cosas inapelables. El inminente peligro del cierre del ferrocarril, su expropiación y el consiguiente exilio de los

pueblerinos ponían en riesgo a ese lugar que justamente se había formado alrededor de la Estación de Trenes, como todo pueblo del interior de la provincia, como todo pueblo del interior del País.

Todo tiembla cuando llega el tren, las mesas, las sillas, las camas, las copas vibran y ríen en las vitrinas de los aparadores; la gente lo percibe en las plantas de los pies y se siente acunada por esa presencia. Pero ese temblor últimamente tenía una disonancia, algo inexplicable que sobresaltaba; he ahí la primera señal del peligro.

La segunda estaba en la llama de los faroles nocturnos que esperan, que anuncian la llegada de los trenes de la noche. Esa llama iba perdiendo entidad, vigor, y mostraba una falsa luminosidad que desorientaba. La luz de la máquina de trenes, la principal, ubicada adelante y en la parte superior tenía otra esencia; ésta era la tercera.

Los signos también se imponían en los hombres, esos hombres hechos a todo: en las duras labores de atender los trenes, en las mañanas de heladas, en las noches oscuras. Mostraban pesadez en los movimientos, un desgano visceral en las tareas de siempre.

Ahora las voces del peligro contaminaban, dejaban a esos labradores de viajeros con un gusto amargo en la boca, un ademán de impotencia en esas manos nudosas, fuertes, acostumbradas a todos los esfuerzos, menos a luchar con enemigos invisibles, solapados. Hete aquí algunas de las señales, pero aún no lograban contaminar de lleno la realidad diaria. La vida del pueblo trataba de reproducir lo mejor de sí misma.

Cuando el francés llegó al pueblo, lo hizo en un tren de las ocho de la mañana, articulando una suerte de causalidad con la llegada de la bolichera. Bajó del vagón de segunda clase con el cansancio de toda una vida vieja en su joven rostro. Pisó el andén de la estación, ahí recién se pudo observar la valija que traía fuertemente agarrada contra su pecho,

de ella sobresalían pedazos de mangas y pantalones que daban la impresión de un animal atrapado con sus miembros colgando en los brazos de ese hombre.

El rostro de origen europeo evidenciaba una imprudente exposición al sol, el aspecto general mostraba su poca disponibilidad de dinero. El conjunto no era especialmente llamativo sino hubiera sido por una pala de largo mango de madera cruzada en bandolera sobre la espalda. Una pala como una lengua metálica que apuntaba al piso, ávida de su función de cavar, de protagonismo.

El viajero habló brevemente en un castellano aceptable con un paisano en el andén, y se lo vio dirigirse resueltamente, como buen recién llegado, al almacén de Ramos Generales, lugar donde cualquier forastero puede conseguir información para orientarse.

La bolichera presintió la llegada de ese hombre y no supo si debía sentirse contenta; sin embargo, tuvo una sensación de que las cosas sucedían como tenían que suceder y sintió alivio.

Tiempo de klepsydra, tiempo de robar el propio tiempo, del latín clepsydra, a su vez del griego klepsydra, kleptos robar, hydro agua. Un reloj de agua, el agua trasvasada de un recipiente al otro. El símbolo de un recipiente que le roba agua al otro, y marca el paso del tiempo. Tiempo de klepsydra, símbolo del transcurrir inexorable del tiempo. Entonces agregarle miel al agua, para hacer más lento el trasvasamiento del tiempo, para endulzar el tiempo, y que se lentifique el paso a favor nuestro, en contra de lo no deseado.

El pueblo, ese pueblo, esa gente, erradicando el paso del tiempo para evitar el exilio, la expropiación, para quedarse detenido en el tiempo, en el instante presente, por siempre. Tiempo de klepsydra, tiempo de robar el propio tiempo. Perder la conciencia del tiempo, para exiliarlo, para expropiarlo.

La gente viendo crecer canas en sus cabellos y no saber qué significan, porque perdieron la noción del tiempo. Aunque giren las agujas de todos los relojes del pueblo no sabrán que pasa el tiempo. Entonces exiliarlo, expropiarlo a ese tirano inexorable. Engañarlo con el tiempo del klepsydra.

Cuando el francés entró al almacén de la bolichera, por un trago y un poco de información, más que diálogo lo que primó fue una suerte de registro entre esos dos seres desterrados voluntariamente en ese oculto rincón de la pampa. Un reconocimiento en los sonidos, en los olores del lugar, en la posición de la iguana mirando siempre por la ventana hacia la línea de la pampa inconmensurable.

—Busco trabajo.

—Siempre hay algo para hacer, —respondió la bolichera presintiendo al hombre.

—No pido mucho, un techo, algo de comida, —dijo mientras depositaba su valija en una de las mesas. Sacó hábilmente, doblando la espalda y con una sola mano, la pala en bandolera, dejándola en un rincón como a un viejo animal cansado.

La iguana se movió en su posición antediluviana aunque de todas maneras sus ojos se mantuvieron imperturbables sobre la línea de la pampa.

—Podrás dormir en el boliche después del cierre, en cuanto a la comida siempre hay algo.

—Es suficiente, —dijo el francés, tal vez con palabras o con el rostro mismo. Eso no lo pudo determinar la bolichera ya que a veces las imágenes parcas que llegaban a su único ojo bueno se le confundían.

El atardecer de la pampa se iba imponiendo con una cortina de grillos y rumores. El patio de tierra del boliche regado a mano, evaporaba un suave olor a tierra mojada que

suavizaba los humores y desarticulaba las acciones de los hombres.

El pensamiento, el pensamiento tratando de ser liviano en un cerebro pesado. El pensamiento, una pluma bailando blandamente alrededor de un lingote de plomo, el cerebro. O tal vez un lingote de bronce, por eso del color del sol.

La mente que naufraga y vuelve a salir a flote después de la ola que la apabulla, ya en altamar ya arriba del abismo líquido lleno de peces. El francés que se despierta en el camarote del barco de segunda clase, bañado en transpiración-miedo. Se asoma por el ojo de buey, y aún alcanza ver a través del vidrio a la costa de Francia alejarse. Ya como un simple trazo en el horizonte contra el azul del cielo. Tanto pasado y ahora solamente esa línea lo contiene, como un tachado sobre un escrito. Esa línea duele como el filo de un cuchillo. El pensamiento ahora, tal vez, como un plomo; el cerebro ahora, tal vez, como una pluma. Y ese corte en el horizonte que se delinea como una herida reciente que molesta y no deja cerrar los ojos sino mirarla sin pausa.

Esa línea que le escinde el cerebro en dos; el corazón en dos; las decisiones en dos. Para tener que decidir, para tener que complacer al suplicio de la decisión. Atrás o adelante. Abrir los ojos o cerrarlos. Pensar o no pensar. El exilio de sí mismo, por sí mismo; la expropiación de sí mismo por sí mismo.

Imagina lobos jóvenes corriendo por la nieve en el centro de París, plenos de vida, de peligrosidad, de juventud, de intenciones nuevas. El francés busca alejarse de su pasado, de sus palabras viejas. Busca para adelante, como un desesperado, palabras nuevas, como si esas palabras nuevas le sirvieran tal vez para nombrar las cosas de siempre y darles otra entidad, otra dimensión, otra realidad y así poder entender

las verdades ocultas que siempre buscó. Las verdades viejas de las cuales viene huyendo, sus propios miedos, sus propios fantasmas creados. Vivos y muertos. Propios y ajenos.

A la mañana del día siguiente, cuando el francés despertó en un rincón del boliche, el sol estaba alto:

—Es tarde, —le dijo la bolichera, sin reproches en la voz—. Acá tenés para ir comiendo algo, —agregó señalando con la mano una mesa.

Mate cocido y galleta fueron bienvenidos por el francés que agradeció con un gesto.

Más allá, frente a la ventana de siempre, la iguana parecía no haberse movido en toda la noche y miraba imperturbable hacia afuera. Algunos paisanos observaban al francés con un dejo de curiosidad respetuosa, metidos en sus bebidas y pensamientos.

Luego del desayuno tardío, el hombre interrogó con una expresión del rostro a la bolichera:

—Por ahora destápame el caño del desagote del piletón —le indicó la mujer—. Está allá afuera por detrás del almacén.

El francés se dirigió a la parte posterior y encontró un gran tubo de hojalata que salía de la pared del boliche y desembocaba en una suerte de acequia que oficiaba de desagüe. Un delgado hilo de agua indicaba que el caño estaba tapado, intentó con sus propias manos abrirlo por la costura. No fue fácil, el tubo se resistía a esa suerte de cirugía a cielo abierto y no le facilitaba las cosas. Finalmente logró abrirlo y se encontró con pedazos de servilletas, pan viejo, trozos de vidrios. Un pedazo de peine, fragmentos de platos. Abundante grasa y un pedazo de papel con un mensaje ya ilegible.

Y a ese hombre se le impuso el caño con su oloroso contenido como una suerte de instrumento de análisis. Todos esos elementos atrapados, detenidos en el tiempo y a él

—explorador recién llegado, privilegiado— todos esos signos le marcaban una realidad distinta y quiso ponerles nombres nuevos a todas esas pequeñas cosas y se le ocurrió de pronto que no debía apurarse. Recogió todo y lo tiró en un basurero cerca del fondo de la finca.

Todos esos elementos se incorporaron al pozo constituyendo una capa geológica, pasando de su labor diaria en la vida de los hombres a un sueño eterno hasta que algún explorador futuro los desenterrará y mirará con curiosidad. Hasta ese momento sus existencias pasarán a ser anodinas, inadvertidas, premonitorias.

París y el pueblo, el pueblo y en la otra punta París. Tal vez el exilio más temido es el autoimpuesto. El que se expresa en forma indirecta, solapada, y que termina transformándose en el autoexilio de este hombre devenido en peón. El francés trató de espantar estos pensamientos mientras limpiaba las baldosas del boliche, uno de los pocos lujos del lugar.

Agregó más agua y volvió a limpiar sobre lo ya limpio, queriendo borrar sus pensamientos, su pasado con esa escoba, con el agua.

La bolichera lucha con el tiempo y lo sabe porque le explotó la sangre un día. Le explotó la sangre toda junta como la explosión de un primer amor tal vez no correspondido y le afectó la vista. Observa al francés trabajar e intuye que ese hombre —por el acento supo su origen— vendría a ser una pieza clave en la realidad que constituye a ese pueblo perdido en la pampa.

París respiraba en él en forma entrecortada, luego con ritmo acompasado, más tarde sería simplemente un recuerdo. Mientras los ojos del francés se acostumbraban a esa llanura interminable donde la vista no encontraba límites, recordaba cuando desde el barco aún podía ver la costa de Francia. Todo su pasado contenido en una sola línea que ahora se

repetía en ese horizonte interminable de la pampa.

Se había alejado del pueblo después de haber ayudado en la atención del almacén. Con la pala al hombro recorría la inmensidad con temor, pero también con la determinación que dan el dolor y la convicción. Sentía en la espalda la mirada de la bolichera, y tal vez el exámen de la iguana.

Pensó que todo era más fácil cuando solamente imaginaba las cosas, las circunstancias, los cambios. Mucho más fácil que ahora estando realmente en el lugar con la presencia física de los elementos, con la pampa abierta bajo los pies. El sol allá arriba, el viento en la cara. La realidad golpeando en sus sentidos.

De todas maneras se sobrepuso a la situación, tomó la pala que traía en bandolera y comenzó a cavar un pozo, lo más grande y lo más hondo que pudo. El sol de la tarde fue implacable con su espalda pero no se detuvo. De vez en cuando levantaba su cabeza mirando el entorno, asegurándose de la realidad del lugar. Necesitaba creer que no era un sueño soñado por un lobo joven corriendo por la nieve en el centro de París. Finalmente cuando terminó de hacer el gran hueco introdujo su cabeza y pronunció quedamente las palabras de antes, las del otro lado del mundo, las que traía pegadas en su cerebro desde el nacimiento. Las quería enterrar, abandonarlas en ese pozo profundo para no escucharlas más. Olvidarse de ellas y que ellas se olvidaran de él, tal vez por sus fantasmas, sus miedos. Era una forma de facilitar el comienzo de la búsqueda de palabras nuevas para nombrar las cosas de siempre.

Más tarde con cuidado y meticulosidad volvió a tapar el pozo, lo apisonó; por un momento la tierra pareció temblar con ese nuevo contenido de palabras y sonidos, pero tal vez sólo fue una ilusión de los sentidos. El francés miró brevemente el montículo de tierra y se dedicó a limpiar la pala.

Cuando volvió del medio del campo, la bolichera repasaba el gran mostrador en silencio. La iguana estaba imperturbable en su ventana mirando la llanura, pero se adivinaba en su mirada un brillo nuevo, un latido en sus flancos verdes más pronunciado.

La tarde comenzaba a derramarse sobre la pampa con toda su contundencia, y lentamente el cielo se poblaba de estrellas.

El viejo Soto, español venido de Andalucía, y arrojado en ese rincón del mundo un poco por propia voluntad, otro poco por el destino, vivía en una tapera cerca de la estación de trenes. No se le llovía demasiado y lo escaso que conservaba era digno y limpio. El viejo era instruido, también tenía conductas que lo caracterizaban como raro, aunque nadie le temía. De todas maneras nadie lo molestaba y todos se cuidaban de no importunarlo. Eso era bueno para él, lo supiera o no representaba una ventaja. En la pequeña edificación, la parte que aún quedaba en pie, tenía un secreto conocido por pocos, entre ellos la bolichera.

El reloj de agua había sido una adquisición traída desde Europa con más cuidados que a su propia persona. En sus desandares y pérdidas materiales el viejo lo fue conservando y cuidando como a su vida misma. Cuando arribó al pueblo, el reloj venía embalado cuidadosamente en una caja que el viejo Soto celaba más que nada. Tal vez el ritmo de ese reloj de agua con su latido líquido, una vez armado pacientemente por el anciano, representaba el ritmo mismo del español. Ese reloj tan ajeno al lugar, en su rareza, marcaba visualmente el paso del tiempo y el viejo era una especie de centinela definitivo del extraño mecanismo.

Tiempo de vivir el propio tiempo pensó el francés, mientras observaba su pala. Al salir al exterior miró la noche estrellada, y sintió cómo ellas, a través de sus ojos buscaban acomodarse dentro suyo.

El pueblo a esa hora ya tenía los ojos cerrados y la respiración lenta de las horas del reposo. En su aliento trabajaban las señales, las palabras exilio, expropiación y se contaminaba la noche por esa amenaza velada que crecía como una raíz oculta.

Los días pasaban inapelables en un torbellino de acciones. Sonidos, palabras viejas del francés, la búsqueda de las nuevas en este lado del mundo. El tiempo, tiempo de robar el propio tiempo. El representante del tiempo, el klepsydra. La bolichera, el francés, Don Soto. El tren, los paisanos, los pasajeros, el Jefe de la estación, los empleados. Las señales y sus presagios. El temblor diferente de las llamas de las lámparas, de la luz superior del frente de la máquina. La sacudida, la vibración de la tierra a ritmo desacostumbrado cuando llegaba el convoy. El caño del desagüe del piletón del boliche y su exposición a cielo abierto como un instrumento de análisis expuesto por el francés.

La línea del horizonte de la pampa, como un límite, una separación entre el cielo y la tierra. Una división entre lo corporal y lo pensado. Como el recuerdo del ojo de buey en la memoria del francés, mirando sin mirar por el ojo de buey del barco que lo trajo de la Francia profunda. París todo en el recuerdo del francés mirando. Buscando por el ojo de buey del barco todo ese pasado representado por una raya en la distancia que separa el mar del cielo ¡Tanto pasado! Tan sólo eso, una línea en el horizonte. El mar verde de la pampa inmensa duplicada en el cielo. Y esa línea intermedia un porvenir quizás a develar, pero todo comprimido, amenazado por dos palabras: la expropiación, el exilio.

Y tal vez el francés en un acto intuitivo, en un acto desesperado, tal vez por sí mismo o por el todo, trata de exorcizar esas palabras a través de las nuevas que vino a buscar. La realidad atrás de los signos junto con sus propios fantasmas. Aún anda a tientas, sigue cavando pozos donde entierra sus viejas voces con aire demencial.

La bolichera repasó por décima vez el gran mostrador del almacén. Observó la tarde que iba cayendo al tiempo que le alcanzó comida a la iguana que indiferente al mundo miraba por la ventana desde su silla hacia la pampa abierta. Por momentos había un pestañeo, un palpar verde en la criatura, como si cambiara impresiones y pensamientos consigo misma. En sus ojos se reproducía con nitidez la línea de la pampa como un destino consumado.

La bolichera observó al francés, pensó en estudiarlo y finalmente dudó en hacerlo. Ella misma se sentía una incógnita y se preguntó si tenía derecho a penetrar en ese hombre que era un acertijo, un destino latente y preanunciado.

La bolichera volvió a repasar, ya por automatismo o por costumbre, el mostrador del boliche ordenando sus ideas y pudo observar que el piletón de lavar los trastos estaba tapado, “tengo que decirle al francés que lo limpie”.

Imágenes de lobos jóvenes corriendo por la nieve; imágenes de lobos jóvenes corriendo por la nieve por el centro de París. El francés corriendo como un lobo joven, por la nieve, por el centro de París. En la escuela aprendiendo sus primeras palabras, símbolos arbitrarios que representan objetos, intentan construir realidades. Buscando incansable con esas palabras.

El francés a través del tiempo, de la vida, empezando a luchar con la realidad, con las palabras que no alcanzaron para entender tal vez todo lo que pretendía. Sus propias decepciones, fantasmas, sus persecuciones.

Cruzando el mundo en un frágil barco de madera, frágil como un lenguaje, frágil como un símbolo arbitrario. El barco lo transporta por encima del abismo líquido en busca

de otros símbolos para intentar cambiar la realidad. Y entonces renuncia a todo, se embarca para mirar por el ojo de buey del camarote y ver alejarse a Francia en la distancia, en definitiva es él quien se aleja en el barco. Francia siempre va a estar ahí. Entonces empieza a perder la noción de la distancia, porque la costa comienza a desdibujarse y todo el pasado del francés ahora es una simple línea en el horizonte líquido. Pensar, sólo queda pensar, pues la realidad de las cosas ya no están, residen inasibles detrás de esa línea del horizonte. Trata de darse vuelta en su cucheta del camarote y siente en la espalda el ojo de buey, como el ojo de un calamar gigante que lo observa y lo evalúa como a una posible presa con sus múltiples tentáculos dispuestos a succionarlo, al pasado. Y en el fondo de ese ojo de buey del barco, frío ojo de calamar gigante voraz, muy en el fondo, la línea del horizonte: “pasado pisado, pasado truncado”.

El francés gritó en sueños y con su propio grito logró despertarse bañado en transpiración. Aún era de noche y en el boliche todo era quietud. En un rincón la iguana dormitaba y lo observó brevemente, luego prosiguió con indiferencia su ensueño tropical.

El hombre aún tembloroso dirigió su mirada hacia el lugar donde dejaba su pala, y observó con tranquilidad que allí permanecía. Se incorporó, fue hasta el piletón del boliche, sacó agua en un balde y se la arrojó en la cabeza; luego se miró en el gran espejo de la pared y se sintió a sus propios ojos un náufrago.

Don Soto y su semi-casa. Don Soto y su semi-casa parcialmente derruida por el viento. La lluvia ha ido escarbando laberintos en las paredes, el agua tallando mapas fabulosos de humedad ocultando pistas de fantásticos tesoros. Finos surcos como arroyos horadando el revoque a través del tiempo desde el techo a la tierra que al fin los contiene. Se suman las goteras. Múltiples goteras, y cuando llueve reproducen adentro de la semi-casa

el ritmo de la lluvia pero en un acorde más lento, pesado. Esas goteras estratégicamente dispuestas entre los muebles y la cama de Don Soto parecen respetarlo. Multiplican el klepsydra, el reloj de agua del viejo. Lo imitan, le rinden homenaje en su conteo del tiempo. Y el viejo español, cuando llueve, se convierte en un mundo autónomo en su semicasa, con el klepsydra, con las múltiples goteras. Con los finos arroyos de las paredes donde el tiempo del agua parece reptar hasta la tierra en un disolverse del tiempo como la vida misma.

El francés cumplía con dedicación las escasas labores que le encomendaba la bolichera. Mantener limpio el boliche, atender a la paisanada, vender unos tragos, darle agua y comida a la iguana. La criatura se mantenía inmóvil en su ventana, en total libertad de movimiento, sin embargo proseguía en su postura de observación en la abertura que daba al campo abierto. Desde que el hombre había llegado, el animal no había sufrido cambios en sus hábitos ni conductas. Aceptó que éste le diera de comer y beber sin mayores sobresaltos; y cuando el hombre se alejaba hacia la línea del horizonte con la pala al hombro, si alguien hubiera mirado más de cerca a la criatura podría haber observado en forma nítida un cambio de brillo en los ojos, muy leve; un latido un poco más rápido en los verdes flancos. Nada más. Esa criatura desde su posición, desde su decisión de observadora, se había constituido en un elemento más de todos los que se conjugaban en la espera de ese pueblo condenado de antemano. Perseguido por las palabras que apenas se pronunciaban entre esos hombres o en todo caso se pronunciaban por lo bajo, como si de esa manera esas dos palabras consideradas nefastas: expropiación, exilio, a fuerza de no ser nombradas, perdieran entidad. A fuerza de no ser utilizadas se cansaran de estar y se marcharan del pueblo y así, tal vez, las señales que precedían, las señales que trataban de confirmarlas en forma per-

manente se arrepintieran y también declinaran su actitud.

La fuerza de las palabras precediendo realidades. Confirmando el pensamiento de algunos hombres, contradiciendo el de otros. La eterna lucha de las ideas, el suplicio de la decisión ética en los ojos de una iguana. El suplicio de la decisión ética en los ojos casi cegados de la bolichera. El suplicio de la decisión ética en la pala del francés. En la punta de esa lengua metálica enterrando viejas palabras, buscando nuevas. El suplicio de la decisión ética en Don Soto, en su klepsydra, en busca del tiempo absoluto, redentor, modificador. El suplicio de la decisión ética en las señales, en esos temblores irregulares de la tierra, de las llamas de los faroles nocturnos. El suplicio de la decisión ética en los hombres del pueblo. El suplicio de la decisión ética en las mismas palabras malditas, tal vez por simple ejercicio mental: expropiación, exilio.

La noche comienza a cubrir el pueblo metro a metro; es una forma de protegerlo, de acunarlo en esa bóveda de estrellas. La noche marca una tregua, atempera el ritmo de las voces que se hacen más quedas. Las palabras son más lentas, más pensadas, suenan auténticas. La noche tiene un encanto que tal vez la celeridad del día no permite. Ese brillo es el lenguaje moderado, más genuino para comunicarse, para adentrarse en uno mismo. Se manejan otros códigos en la noche. Uno se despoja del disfraz diurno y baja la guardia y se adentra en la noche como un explorador de identidades. Se respira profundo, acompasado. Tal vez los hombres de ese pueblo reproducen en sus mentes, en los fluidos de los cuerpos, el ritmo intermitente del reloj de agua del viejo Soto. Tiempo de Klepsydra, tiempo de robar el propio tiempo. El viejo reloj de agua se remueve inquieto en su propio mecanismo, en su determinación de marcar el tiempo. Nadie más condenado al tiempo, más entregado al tiempo que él.

Uno de los galpones cercanos a la Estación de Trenes había sufrido años atrás la furia de una tormenta. El viento primero se había insinuado en los pastizales, luego asoló la copa de los árboles; más tarde amedrentó a los animales de la zona, a los hombres, a los techos de las casas. Jugó con los rostros de los pueblerinos, se los desdibujó en muecas de miedo. Los echó a correr por las calles con preocupación, luego los coloreó con el polvo de los caminos. Jugó y hurgó en ese pueblo buscando respuestas, explorando los miedos de las gentes, de los animales. Probó la solidez de las construcciones una a una y se sintió satisfecho. Cuando llegó al viejo galpón aldaño a la Estación no dudó en probarlo y el viejo cobertizo no resistió. En un destino tal vez previsto se rindió al viento. Se derrumbó en silencio como una realidad desmantelada.

El viento cesó o se fue, no se sabe con certeza, como si esa última acción no lo enorgulleciera. El viejo galpón yacía íntegramente en el suelo, en una suerte de maderas esparcidas, astilladas, como un naufragio reciente.

Restos de una vida. La existencia de esos restos que la ponen en evidencia. Esperando una absolución por parte de los hombres o tal vez de la naturaleza misma.

La lluvia en forma leve al principio, más fuerte después, borró todo rastro del viento y completó la imagen del naufragio.

La bolichera mientras lava en el piletòn observa que el agua corre con dificultad, en una suerte de Klepsydra descompuesto. Ya antes había pensado en decirle: “Francés, nuevamente el caño de desagüe, fijáte”.

El hombre sirvió un vaso de vino a un parroquiano y arremangándose la camisa se dirigió a la parte de atrás del boliche. Llovía. No había demasiadas palabras entre el

francés y la bolichera, pero sí un entendimiento tácito construido de gestos, de actitudes, de mutuas atenciones. La coincidencia de destinos, no del amor porque no estaba dentro de esos destinos.

Observó el caño bajo la lluvia y lo vio atado con el mismo alambre que había utilizado la última vez que lo examinó. Parecía hinchado y goteaba levemente hacia la zanja. Con cuidado lo abrió, y su alma volvió a quedar al descubierto. Ya tenía previsto en su mente el contenido de ese tubo, ese instrumento de análisis oloroso atrapado en la red como un pez de las profundidades rápidamente eviserado por un pescador hábil. Exponiendo el tesoro de sus entrañas al cielo, a la vida. Y efectivamente el caño, pez-desventrado, expuso nuevamente sus secretos ante ese hombre que lo observó con ojos de explorador extasiado. Nunca satisfecho, nunca demasiado sorprendido por las cosas que encontraba en su nueva vida. Y en el desfile de nuevos secretos de ese caño sintió latir indirectamente la conducta de los hombres, sus aconteceres diarios, sus acciones, sus errores en esos vasos rotos, tal vez por violencia, por descuido o por amores contrariados. Papeles de almacén garrapateados con lenguaje humano, desfigurados ahora por acción del agua. Le hubiera gustado leerlos, aunque dijeran naderías, para analizar el diario vivir de esos hombres en esas listas de almacenes donde la gente plasmó sus necesidades. Y en el resto de una fotografía, ¿qué rostro habrá cobijado? El francés apartó los pensamientos, metió todos los elementos en una bolsa de harina y los arrojó al pozo del fondo. Alimentando una vez más en forma inconciente la capa geológica de futuros descubrimientos. Compuso el caño con alambre, lo ubicó en su posición y volvió al boliche. La lluvia enmarcaba la escena en una especie de redención.

Cuando el francés después de terminar las múltiples tareas en el boliche se sentía

nostálgico, incómodo consigo mismo, tomaba la pala guardada en un rincón y enfilaba para la pampa abierta. En la misma dirección en que la iguana miraba por la ventana en una continuidad de intenciones inequívoca.

Caminaba mucho, cada vez más, hasta que decidía hacer un alto y comenzaba un nuevo pozo. Sabía aunque nunca miraba para atrás que era observado por la bolichera y por la iguana. Sentía que eso completaba la ceremonia.

El sol ya se atenuaba en la tarde, el viento era una brisa aceptable y el hombre se detuvo, comenzó a cavar con fiereza. Sintiendo que en esa descarga física podía encontrar una redención, un encuentro consigo mismo y con las palabras que aún buscaba. Cuando llegó al metro de profundidad se detuvo extenuado, le pareció bien el hueco logrado y dejando a un lado la herramienta, metió su cabeza en el hoyo y pronunció las viejas palabras, las que quería olvidar y aún proseguían dando vuelta en su cabeza. Se incorporó, tapó con cuidado el pozo, se tomó el trabajo de recomponer el pasto queriendo borrar toda huella de intromisión en ese lugar de la pampa, y sin mirar atrás volvió al boliche, a su nueva vida, a sus nuevas palabras que aún le eran esquivas.

En una tarde que la bolichera estaba en el almacén, —la iguana en su postura de observadora incondicional— se dirigió al viejo piano que había adquirido. Recorrió con ambas manos la madera buena, el polvillo acumulado en todo ese tiempo, polvo grueso de la pampa. Destapó las teclas, no eran nuevas, no estaban completas. Se atrevió a tocar algunas y el animal se sobresaltó levemente al tiempo que dirigía sus ojos hacia el piano y la bolichera. La mujer sonrió, adivinó más que vio la reacción de la iguana por culpa de sus sombras crecientes, pero no se sintió triste. Ensayó con sus manos dos o tres compases y satisfecha lo volvió a cerrar. Tomó un trapo y limpió con cuidado el instrumento. Tanto

polvo, era tiempo de limpiarlo. Sonrió para sí misma, no sabía bien por qué, pero sonrió. Su pensamiento era triste, melancólico, pero igual su rostro dibujó una sonrisa, tal vez su alma se antepuso a su pensamiento y le pareció más acorde una sonrisa.

La iguana recobró su compostura y regresó con responsabilidad a su posición de observadora intemporal de la línea de la pampa y no se movió en mucho tiempo. Comenzó a comer menos. Concentraba todo su ser en ese mirar continuo.

Las señales, esos inconfundibles rasgos que representan a las cosas, que se insinúan, en este caso como rasgos alterados porque estas señales significan ahora en forma creciente elementos ajenos al pueblo: la expropiación, el exilio.

Vendrán los hombres que articulan el todo de ese conjunto de elementos: las señales, las palabras, las realidades, los acontecimientos. Entonces el pueblo, la gente, las cosas ya no tendrán escapatoria.

El francés descubrió el galpón derruido por el viento del pasado. Había visto varias veces a cierta distancia el lugar del desastre. La suerte de playa desierta donde descansaban desde hacía años los restos del naufragio. La obra del viento impiadoso. Se acercó primero con aprehensión, luego más decidido. Levantó una de las maderas que habían conformado el galpón y la evaluó con gran concentración. Dejó esa madera y levantó otra y otra y otra. Pensaba en silencio, mientras el mar del pasado murmuraba en su cabeza, y en grandes olas golpeaba contra imaginarias rocas, para luego retomar el ciclo. Finalmente y con decisión empezó a despejar una zona de terreno, ahí mismo donde el galpón había perecido en manos del viento. Ahí mismo el francés con sus manos comenzó lentamente a trabajar las maderas y fue perfilando el indudable contorno de un barco. En medio de ese mar verde de la pampa el hombre acudía a su pasado, a sus fantasmas y se hizo cómplice de ese galpón

derruido que le ofrecía convertirse en barco. En medio de la pampa verde, en medio del mar verde. Tan lejos del mar azul líquido que lo había traído desde Europa.

Todo ese día y los siguientes trabajó. Ni bien terminaba su labor en el almacén, corría al lugar donde el barco iba tomando dimensión. Ahora esta resurrección haciendo las paces con el mar azul. Ahora este barco sobre un mar verde. Lleno de los juegos del viento que rompe ondulando contra los pastizales.

Don Soto comenzó a observar sus propias señales, tenues al principio, más decididas cuando llovía; había un ritmo distinto en las goteras, en los surcos de su semi-casa, en esos surcos que en ínfimos arroyos de agua corrían por las paredes perdiéndose en la tierra. Ese ritmo distinto lo percibió en el Klepsidra en la forma de trasvasar el agua de un recipiente al otro. Y no se sintió mal el viejo, pensó que todo tiene su ritmo, su tiempo y que no es bueno aferrarse. Ni siquiera el tiempo se aferra. El tiempo transcurre sin dar ni pedir concesiones, se proyecta hacia el futuro sin claudicar y no pide ni da cuartel. El viejo suspiró: “Lo que tenga que venir vendrá”. Evaluó al tiempo que miraba pensativo el klepsydra. El reloj seguía trasvasando agua con un ritmo desacostumbrado.

Una mañana en que había un gran frente de tormenta el boliche estaba vacío. La bolichera miró el cielo, sopesó la atmósfera, observó a la iguana mirando por la ventana con una cuota de inquietud la línea lejana y ahora oscura por la tormenta. Percibió con su pequeña cuota de luz al hombre que ya tenía su pala en la mano y estaba disponiéndose a salir para cumplir su rito con las palabras. Entonces ella con un dejo de sonrisa en el rostro le dijo: “Dejála francés, ya no hay tiempo”.

El hombre se volvió sorprendido pero obedeció. La miró con detenimiento y con la

sorpresa dibujada en la cara interrogó a su vez: “¿Cuál es el tiempo ahora?”.

Nunca se había sentido tan tranquila, nunca tan convencida de algo. “Tiempo de robar el propio tiempo”. El hombre dejó la pala en un rincón y se acercó más a la bolichera que lo miraba en diagonal por su creciente ceguera:

—Contáme francés, contáme de nuevo, cuando corrías como un lobo joven, por la nieve en el centro de París. Te escuché mientras dormías y soñabas en voz alta.

El hombre movió sus manos nerviosamente a la vez que respondía:

—Nunca fue cierto bolichera.

La mujer intentó observarlo y sintió que su cuota de luz se iba perdiendo:

—No importa, contámelo de nuevo, inventálo para mí. Usá las palabras de este lado del mundo. Esas palabras nuevas que viniste a buscar para nombrar de otra manera las cosas de siempre, para intentar librarte de tu pasado, de tus fantasmas, de tus miedos. Contáme de nuevo.

El hombre y la bolichera se miraron directamente y pudieron observar sin mayor sorpresa, como algo largamente esperado, hasta con alivio que de sus brazos y espaldas emergían ramas y brotes a la vez que sus pies se hundían blandamente pero con firmeza en el piso. Traspasando con facilidad las baldosas, transformándose en profundas raíces nuevas. Ambos tendiendo a convertirse en árboles definitivos. Ambos finalmente venciendo a las palabras tan temidas. A las realidades detrás de esas palabras odiadas. A las señales que venían preanunciando todo.

Ahora las palabras, expropiación y exilio, perdían entidad languideciendo ante ese nuevo panorama del pueblo. Ya no tenían razón de ser. Las señales primero, luego las palabras que tradujeron esas señales y ahora la realidad del exilio y la expropiación que no

llegarían a ser nunca, pues el pueblo se había adueñado de una decisión. La naturaleza había tomado posición y, entonces esa realidad fáctica, superaba la verdad formal de los papeles que querían determinar de un plumazo burocrático y conveniente la desaparición del ferrocarril y el pueblo, en ese orden.

Afuera se podía observar a la gente del pueblo que lentamente se iban convirtiendo en frondosos árboles. Era lindo ver en la línea del horizonte, a campo abierto, cómo los caballos desconfiados pateaban el piso, temerosos de la tormenta, luego se iban tranquilizando y a medida que los iba ganando el verde de la pampa en forma de brotes y hojas desarrollaban profundas raíces. Muy pronto el pueblo se quedó sin habitantes, sin animales.

La bolichera en el último momento en que se terminaba de convertir en árbol se llenó de luz y volvió a tener la visión completa. El francés, en el último instante, comprendió el significado de las palabras que había venido a buscar y asimiló su destino en plenitud.

Los niños del pueblo no se transformaron en árboles sino en pájaros migratorios, volaron primero en círculos para orientarse y luego en bandada emigraron. Después muchos dijeron que todos los años venían a anidar en los espesos árboles que habían sido sus padres.

A las palabras expropiación y exilio las vieron reptar por el pueblo desarticuladas, y finalmente desaparecieron. Las realidades que representaban nunca llegaron. Las señales recobraron su limpidez primigenia. La tormenta amainó y volvió a salir el sol en la pampa abierta.

De pronto fue visible un latido verde entre tanto verde. La iguana trepada triunfalmente a esa multitud de árboles que le brindaban cobijo, y le recordaban su perdido mundo tropical seguía mirando la línea del horizonte. Luego giró su cabeza en derredor queriendo guardar para siempre en sus ojos la nueva realidad que la circundaba, y satisfecha emprendió un sorpresivo vuelo hacia el cielo. Como un Ícaro empedernido, definitivo, de cara y rumbo al sol.

Tiempo de klepsydra, tiempo de robar el propio tiempo.

F I N

SÍNTESIS DEL LIBRO: 45 A 50 PALABRAS, (PARA CATÀLOGOS DE PUBLICIDADES).

Raíces al sol. Historias de Trenes. El autor, hijo de un ferroviario, intenta rescatar los lugares, los climas, los personajes de ese mundo. En el último relato “Tempo de Klepsydra”, desarrolla una ficción esperanzadora donde intenta salvar al tren y a los pobladores de las decisiones arbitrarias de algunos hombres.

Breve biografía del autor:

Darío César Dublanc, nació en Gral. Villegas, Provincia de Buenos Aires el 4 de febrero de 1962.

Està casado con Fabiana y tiene dos hijos Nahuel y Ariel.

Ha publicado cuentos en distintos periódicos regionales. En 1998 publicó su primer libro de relatos fantásticos: El observante. En el año 2002, publica su primera novela policial Tempo Zero, que a decir de Leopoldo Brizuela, sea tal vez la primera en su género de la Ciudad de La Plata. Vive en esta Ciudad desde el año 1984, concurrió a varios talleres literarios, a los cuales reconoce como formación e influencia: De Marita Minellono, Claudia Bernazza, Martha Berutti, Leopoldo Brizuela, y actualmente concurre a la Clínica de Novela que coordina Sara Isabella Bonfante. Es hijo de un Jefe de Estación, y trata a través de la escritura rescatar la esencia verdadera del hombre, apostando a un futuro más humano. De alguna manera hace suyas las palabras que alguna vez pronunció Marguerite Yourcenar, la autora de El Amante: “Escribir a pesar de la desesperación, a pesar de todo”.

Darío César Dublanc, nació en Gral. Villegas, Provincia de Buenos Aires el 4 de febrero de 1962.

Está casado con Fabiana y tiene dos hijos Nahuel y Ariel.

Ha publicado cuentos en distintos periódicos regionales. En 1998 publicó su primer libro de relatos fantásticos: El observante. En el año 2002, publica su primera novela policial Tempo Zero, que a decir de Leopoldo Brizuela, sea tal vez la primera en su género de la Ciudad de La Plata. Vive en esta Ciudad desde el año 1984, concurrió a varios talleres literarios, a los cuales reconoce como formación e influencia: De Marita Minellono, Claudia Bernazza, Martha Berutti, Leopoldo Brizuela, y actualmente concurre a la Clínica de Novela que coordina Sara Isabella Bonfante. Es hijo de un Jefe de Estación, y trata a través de la escritura rescatar la esencia verdadera del hombre, apostando a un futuro más humano. De alguna manera hace suyas las palabras que alguna vez pronunció Marguerite Yourcenar, la autora de El Amante: "Escribir a pesar de la desesperación, a pesar de todo".

Raíces al Sol. Historias de Trenes. El autor, hijo de un ferroviario, intenta rescatar los lugares, los climas, los personajes de ese mundo. En el último relato "Tempo de Klepsydra", desarrolla una ficción esperanzadora donde intenta salvar al tren y a los pobladores de las decisiones arbitrarias de algunos hombres.

LIC. SARA ISABELLA BONFANTE
Coordinadora de la Clínica de novela

ISBN 978-987-02-7715-6



9 789870 1277156